

Escauriaza Escudero, Ana: *Violencia, silencio y resistencia. ETA y la Universidad (1959-2011)*. Madrid, Tecnos, 2022. 451 pp.

El libro que la editorial Tecnos acaba de publicar recoge los frutos de una investigación doctoral sobre la relación entre ETA y la universidad de la joven investigadora Ana Escauriaza. Se trata de un texto de historia reciente, de gran interés para comprender los procesos políticos, sociales e ideológicos del terrorismo etarra y su relación con la universidad.

A lo largo del libro, la autora desarrolla dos tesis interrelacionadas: por una parte, que la universidad en general fue un objetivo prioritario de la banda terrorista; y por otra, que el ámbito universitario, como agente social, fue un ámbito pionero en el surgimiento de iniciativas de resistencia social. Esta secuencia histórica se desarrolla muy bien en el título del libro, *Violencia, silencio y resistencia*: los inicios de la violencia etarra; después el silencio largo de la sociedad civil, y finalmente la aparición de una resistencia al terrorismo. A lo largo de toda la narración resuenan las mismas preguntas: ¿En qué momento se pasó del silencio a la resistencia? ¿Por qué tardó tanto la sociedad en reaccionar a la violencia?

En el primer capítulo se analizan los orígenes de ETA entre el franquismo y la Transición a la democracia. De forma convincente, el libro muestra que la banda terrorista tuvo entre sus objetivos privilegiados el control de la universidad para alcanzar el objetivo de una patria independiente. Para ETA, la universidad permitía crear conciencia de clase, además de transmitir los conocimientos y la cultura euskaldunes. El objetivo era formar la libertad intelectual y cultural de los vascos, por lo que se hacía necesario crear una “Universidad Popular Vasca” (p. 47). A lo largo del texto se analizan las diversas acciones del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV): desde la acción terrorista de ETA en el asesinato de profesores universitarios hasta la acción violenta en las aulas de grupos juveniles como Jarrai.

La autora destaca que, en los primeros años, la sociedad civil mostró una gran pasividad frente a las acciones terroristas. Curiosamente, la movilización durante los llamados “años de plomo” del terrorismo fue muy escasa en comparación con las reacciones a finales de los noventa. Por otra parte, la violencia de ETA no fue homogénea: mientras que apenas hubo acciones contra universidades como Deusto, la Universidad de Navarra se convirtió en una “auténtica obsesión” de los terroristas (p. 69). En esa fijación influía la interpretación negativa del Opus Dei en buena parte de la sociedad en general y en la navarra en particular, sobre todo en determinados ámbitos de la izquierda. Al mismo tiempo, influyó que esta universidad estuviera en un territorio en disputa desde el punto de vista identitario, entre el navarrismo y el nacionalismo vasco (pp. 70-75). Esta obsesión convirtió al Edificio Central de la universidad en el edificio más bombardeado desde el final de la Guerra Civil: entre 1979 hasta 2008, sufrió seis atentados con bomba.

Sorprendentemente, la reacción por parte de las autoridades, el profesorado y los estudiantes en los primeros atentados fue muy pasiva. Después del tercer atentado, en

1981, la universidad recibió miles de cartas de condena y el rechazo fue unánime en todo el espectro político, pero no hubo muestras externas del rechazo: ni manifestaciones, ni concentraciones silenciosas. El rector afirmó que seguirían “adelante sin rencores”. La universidad se vio a sí misma como víctima, pero no se defendió, ni siquiera verbalmente. Para Escauriaza, la estrategia consistía en no dar más publicidad que la que el grupo terrorista buscaba con cada una de esas acciones (p. 87).

Pero esta no fue la única universidad en la que centró su atención el terrorismo etarra. El capítulo 2 describe la época de consolidación de la democracia, en la que se buscó controlar la universidad como vehículo de la euskaldunización de la sociedad vasca (p. 127). El libro describe magistralmente la infiltración de un determinado ambiente en la UPV/EHU por distintos medios. En el año 1994, el Periódico Universitario de Bizkaia-Gipuzkoa resumía la situación de “normalidad habitual” en el campus de Leioa: “alumnos encerrados, choques entre guardias jurados y profesores despedidos o exasociados, manifestaciones, encarteladas, estudiantes de Bellas Artes detenidos, cortes de tráfico...” (p. 129). Pero no solo eran conflictos con el alumnado: también una cuestión en teoría meramente académica, como una plaza de profesorado, podía convertirse en *casus belli* y saltar a las portadas de todos los medios (pp. 335-340).

Al margen de las muy variadas acciones para la “toma de la universidad”, el libro ahonda en una cuestión clave: si bien es cierto que la universidad reaccionó como el resto de la sociedad y se incorporó tarde a la condena contra ETA, también fue uno de los primeros ámbitos en proponer una resistencia al terrorismo (p. 169). Esta tesis se explica con un punto de inflexión histórico: el asesinato de Francisco Tomás y Valiente el 14 de febrero de 1996. Desde una perspectiva histórica, la UPV/EHU había cambiado desde los años de plomo hasta la reacción contra el asesinato de Tomás y Valiente. Esta reacción fue un *turning point* en la actitud de la sociedad vasca y española ante ETA, seguida poco después por el culmen con el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco (p. 207). Este hecho colmó el vaso en la comunidad universitaria y permitió una reacción unánime, diferente y única, rompedora. Fue la primera vez que los universitarios salieron con las manos blancas a protestar.

Tras este asesinato, la violencia y la reacción fueron en paralelo. Hubo una contestación por parte de la comunidad universitaria: buena parte de los alumnos se sintieron interpelados, aunque muchos otros mantuvieran la indiferencia. Y, si bien es cierto que en la universidad se dio una reacción similar a la del resto de ámbitos de la sociedad, la autora destaca la importancia de movimientos surgidos en el ámbito universitario como el Foro de Ermua, que nació encabezado por cinco profesores universitarios: Jon Juaristi, Javier Fernández Sebastián, José María Portillo, Juan Olabarria y María Cruz Mina. En su manifiesto denunciaban contundentemente la situación de un “movimiento fascista” cuya intención era “secuestrar la democracia”, y manifestaban su intención de no ceder al “chantaje de las armas”, abogando por formas de lucha contra el terrorismo que apelaran más “al derecho democrático a la palabra que al pacifismo gestual”. El foro reivindicó una “sensibilidad laica” y no tanto un modelo místico o religioso, de poner la otra mejilla mientras los miembros de la izquierda abertzale seguían insultando y ETA matando. El objetivo final del colectivo era hacer un “llamamiento a la sociedad vasca” para defender el constitucionalismo, la libertad y la acción (p. 226-229).

Entre el Foro de Ermua y plataformas similares se estableció un debate acerca de cuál era la mejor manera de combatir el terrorismo. Otra gran plataforma, Basta Ya, se inauguró en el año 2000 para “defender el derecho a expresar ideas no nacionalistas”.

Para este movimiento “era necesario reivindicar la libertad, y como consecuencia de esta, la paz, y no a la inversa” (p. 252).

El capítulo 4 analiza el principio del fin de ETA, un periodo (2000-2004) en el que el nacionalismo vasco radical pierde la hegemonía movilizadora (p. 296). El acoso y la violencia contra la institución universitaria continuaron de muchas formas, desde los asesinatos de profesores como Fernando Buesa y Ernest Lluch hasta las irregularidades cometidas en la UPV/EHU con los presos que estudiaban a distancia, pero la reacción universitaria era cada vez más sólida.

El último capítulo del libro analiza la derrota de ETA en los años 2005-2011, un periodo en el que hubo “violencia hasta el final”. Un último episodio que, por fortuna, no tuvo consecuencias dramáticas, fue la bomba contra la Universidad de Navarra en 2008. Esta estalló a las 11 de la mañana, en un momento en que profesores y alumnos solían pasar por delante de la localización del artefacto. Bajo estas circunstancias, el resultado podía haber sido similar al del atentado en Hipercor o el cuartel de Zaragoza, pero milagrosamente no hubo que lamentar víctimas mortales (p. 392).

El libro termina con unas conclusiones muy interesantes sobre el denominado “frente cultural” de ETA. La autora argumenta de forma convincente que el ámbito universitario era fundamental por su especial influencia en la sociedad: la universidad es la encargada de formar las elites intelectuales, políticas, administrativas y técnicas (p. 409). En la UPV/EHU se vivió, durante mucho tiempo, con un ambiente de ocupación por parte del entorno de ETA. Salvo en momentos puntuales, a ojos del espectador externo parecería que en la UPV eran mayoría los que apoyaban a ETA o a la izquierda nacionalista radical. La universidad pública vivía inmersa en una espiral del silencio (p. 414).

Pero ¿qué hizo diferente a la universidad en su relación con ETA? La segunda tesis clave es que la universidad fue pionera en la reacción multitudinaria contra la violencia etarra. Antes de la respuesta al secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco hubo un punto de inflexión: el asesinato de Tomás y Valiente. Fue entonces cuando nació el Foro de Ermua, una organización clave no sólo porque surgió directamente del ámbito universitario, sino porque iba más allá de la mera condena del terrorismo y apuntaba al nacionalismo vasco en su conjunto como raíz del problema. La reacción universitaria consiguió, en este sentido, el objetivo de amenazar la causa terrorista: es significativo que los tiempos más duros en la UPV/EHU no fueran los años de plomo sino el final del siglo XX y los comienzos del XXI.

No parece descabellado pensar que ETA se sintió amenazada por la pérdida de hegemonía social y la contestación que se hizo desde el ámbito universitario. La UPV/EHU fue pionera en sus iniciativas para condenar y deslegitimar el terrorismo incluso en los años de plomo, y aunque es cierto que la universidad pudo haberse movilizado antes y con más intensidad, la reacción en el ámbito universitario “pudo ser un caldo de cultivo para la definitiva reacción social contra el terrorismo”. Para Escauriaza, el mundo académico pasó de ser “un espacio de coacción a un foco de libertad y resistencia cívica contra el terrorismo” (p. 420). El libro se cierra con esta tesis que, además de inspiradora, consigue despertar, como un aldabonazo en la conciencia, la huella visible de un pasado muy presente en nuestros días.